

*Un horizonte kantiano en el pensamiento post-analítico*

CORREDOR, Cristina: *Filosofía del lenguaje. Una aproximación a las teorías del significado del siglo XX*. Madrid: Visor, 1999, 511 pp.

La influencia del giro lingüístico en la filosofía de nuestro siglo se manifiesta tanto en el frente filosófico continental como en el analítico anglosajón; sin embargo, es poco frecuente encontrar una reflexión crítica del paradigma lingüístico que reúna temáticamente ambas tradiciones, en apariencia contrapuestas. En este sentido, el libro de Cristina Corredor resulta especialmente interesante.

Una mirada apresurada al índice de esta obra podría llevarnos a pensar que se trata, una vez más, de un recorrido histórico en el que se seleccionan las principales figuras que encabezan las teorías contemporáneas del significado. Y, sin duda, este libro puede constituir un buen manual para estudiar cuestiones fundamentales en la filosofía del lenguaje. De hecho, la primera parte, de carácter más general e introductorio que las tres restantes, caracteriza brevemente el paradigma lingüístico señalando las diferencias fundamentales que lo alejan del anterior paradigma de la conciencia, y ofrece algunas claves para comprender las cuestiones problemáticas de planteamientos filosóficos contemporáneos. La segunda parte estudia las teorías semantistas del significado; en ella se realiza un cuidadoso estudio de autores como Frege, Russell, Wittgenstein, Carnap, Quine, Davidson y Montague. El estudio de las teorías intencionalistas parte de Husserl (como antecedente), y se detiene en Grice, en los primeros escritos de Searle, y trata algunos aspectos de Putnam y Fodor. Por último, la sección de las teorías pragmatistas recoge al último Wittgenstein, Austin, el último Searle, Gadamer, Habermas, Wellmer y Apel. El libro se cierra, de manera quizás algo abrupta, con un pequeño apartado sobre los actos de habla ideológicos de Bohmann.

Bajo esta amplia reconstrucción, desarrollada principalmente en las tres últimas partes del libro subyace, no obstante, una tesis fundamental: el programa de la pragmática universal integra aportaciones del quehacer filosófico continental y anglosajón. De ahí que, en su desarrollo, además de ofrecer algunas de las discusiones entre los autores que se exponen, Corredor intercale comentarios críticos que permiten evaluar las limitaciones de las propuestas en relación con los presupuestos generales que guían su obra. Se podría decir, de manera muy general, que la crítica se aplica al rechazo del uso reflexivo del lenguaje, en sentido kantiano, capaz de dar cuenta de las condiciones necesarias y generales que subyacen a toda elaboración discursiva de la realidad. Tanto los resultados de ciertos desarrollos de la tradición hermenéutica (en cuyo seno tiene lugar el giro lingüístico, que parte de Humboldt, Herder y Harman) como los de la filosofía postanalítica, que arranca a su vez de la tradición analítico-empirista anglosajona, son

susceptibles de este tipo de crítica. Una vez asumida la inevitabilidad de la mediación del lenguaje que conlleva el giro lingüístico, la posibilidad de salvar el holismo del significado, es decir, la posibilidad de poder distinguir entre el saber del lenguaje y el saber del mundo, depende de un difícil equilibrio entre dos tensiones marcadas, por un lado, por las teorías mentalistas e intencionalistas del significado —que en este punto coinciden, por sostener un pensamiento prelingüístico o no mediado lingüísticamente— y, por otro, por las teorías intersubjetivistas. De esta forma, los límites que habrá de afrontar una reflexión sobre el lenguaje vendrán determinados tanto por la exigencia de garantizar la identidad del significado (“problema de la intersubjetividad del significado”) desde las teorías intencionalistas como por la posibilidad de superar el relativismo lingüístico, que conlleva una comprensión del significado exclusivamente a partir del carácter público e intersubjetivo del lenguaje, en el que la objetividad llega a identificarse con la intersubjetividad. En este sentido, y según Corredor, el programa pragmatista de la filosofía continental alemana contemporánea es capaz de integrar elementos de las teorías del significado mencionadas, apelando a ese “elemento contrafáctico”, los presupuestos normativos, que rigen la descripción de la experiencia. No es en modo alguno casual, por tanto, que el libro termine (y culmine) con la recepción de las diversas corrientes analíticas y postanalíticas en el seno de la filosofía continental alemana; en concreto, en la segunda Escuela de Francfort, en la que se adopta una reflexión “casi-trascendental” de las reglas pragmáticas generales del lenguaje.

El tono kantiano que tiñe estas páginas permite al lector comprender la continuidad de la filosofía de este siglo con problemas tradicionales filosóficos. Se podría afirmar que el gran protagonista del libro es Kant; eso sí, un Kant que ha sufrido la “lingüisticización de la razón”, en manos de una cierta lectura de Wittgenstein. Y en este sentido, la reconstrucción que se nos ofrece está en consonancia con la reciente influencia de Kant en el quehacer analítico contemporáneo, no ya sólo en la filosofía continental alemana, sino en escritos filosóficos de habla anglosajona. En ellos, al margen de las posibles distorsiones de esta gran figura filosófica, se asume, al menos, el llamado “giro copernicano” y se estudian las condiciones de posibilidad y de validez del conocimiento simbólicamente mediado (con el distinto grado de fuerza que se quiera atribuir a los argumentos trascendentales), para atender a la función epistémica del lenguaje. Además, y como función complementaria de la primera, la función comunicativa se detiene en su carácter público y observable, dimensión ésta que garantiza el carácter universal del entendimiento lingüístico intersubjetivo. De ahí que para dar cuenta de la totalidad de los fenómenos lingüísticos parezca fundamental integrar el significado semántico en el pragmático, entendiendo el primero, si se quiere —siguiendo a Searle— como una abstracción del segundo.

Para terminar, cabe observar que, por tratarse de una obra extensa y que aborda tal cantidad de temas, quizá resultara útil al lector la presencia de un índice analítico. Por lo demás, el libro ofrece un amplio panorama de la evolución de las distintas corrientes en el seno del paradigma lingüístico desde una perspectiva que merece ser objeto de reflexión para cualquier persona interesada en estos temas. La cuestión no está clausurada, y el reto parece claro: “Una posición universalista, que pretenda no sólo garantizar la identidad intersubjetiva del significado, sino la posibilidad de procesos de entendimiento no pre-determinados por la constitución histórica del lenguaje y los rasgos culturales particulares, ha de mostrar algo más: que todos los procesos de constitución de estructuras de sentido tienen lugar sobre una base común, que se articulan de acuerdo con estructuras formales *que se repiten en todas las comunidades lingüísticas* y que, por tanto, constituirán eventualmente la *condición de posibilidad* de procesos interculturales de entendimiento y diálogo” (p.35). Para algunos lectores tal vez sirva únicamente para albergar cierta esperanza al observar la continuidad de los temas tratados con aspectos clásicos de la filosofía tradicional. Desde esta perspectiva melancólica, sería posible una lectura de la obra como una reconducción de los “excesos analíticos” hacia una visión más general, más abarcante, característica de la tarea propiamente filosófica.

Susana Badiola